n-123
[346:6]

¡EN CRISIS!!!

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE D. NARCISO SERRA.

MADRID.
Imprenta de la calle de San Vicente, á cargo de José Rodriguez.
1854.

Esta comedia es propiedad de la Galeria titulada El Teatro, *cuyo dueño perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino sin su consentimiento.*

A la Sra. Doña Carmen Carrasco

Su mejor amigo

El Autor.

PERSONAS.	ACTORES.
ADELA	Doña Josefa Palma.
LUISA	Doña Carmen Carrasco.
D. PABLO	D. Julian Romea.
D. ANDRES	D. Florencio Romea.
BRUNO	D. Antonio de Guzman.
UN MEDICO	D. Patricio Sobrado.

La accion pasa en casa de D. Pablo.—Puerta al foro y dos en cada costado: muebles de lujo.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

ADELA *y* LUISA.

LUISA. Otro beso y otros ciento.
ADELA. Posible es que nos volvamos
á ver, Luisa mia? Vamos,
yo estoy loca de contento.
LUISA. Cierto?
ADELA. Tu duda me injuria.
Mas por qué dejas tus lares,
trocando el ruin Manzanares
por el caudaloso Turia?
Yo he de tener privilegio
de saberlo todo, pues
tengo antigüedad: ya ves,
compañera de colegio...
LUISA. Ay, qué tiempo! Ya pasó...
Tú eras un diablillo...
ADELA. Sí?
LUISA. Que me culpabas á mí
de tus travesuras.
ADELA. Yo?
LUISA. Como soy mas arriesgada,
y no temia el castigo,

te disculpabas conmigo,
y salias bien librada.
Aquel profesor tan grueso...

ADELA. Ya me acuerdo, el de dibujo.

LUISA. Por tu culpa me redujo
todo un dia á pan y queso,
porque hiciste una aleluya,
que fué peregrina idea,
pintando una cara fea
tan parecida á la suya...

ADELA. Y luego, cuando salimos
de la estrecha reclusion,
con cuánta amante ilusion
el mundo admiradas vimos!
Qué castillos en el viento
iluminó en lontananza
con el sol de la esperanza
nuestro jóven pensamiento!

LUISA. Con qué maridos tan buenos
soñamos!

ADELA. Y el que encontraste
no igualaba al que soñaste?

LUISA. Ay, hija, ni mucho menos!

ADELA. Cuéntame, tengo impaciencia;
desde que á Valencia fuiste
á casarte, no escribiste...

LUISA. Buen negocio hice en Valencia!
Pronto mi historia fatal
sabrás, si tienes empeño.
—Y tú realizaste el sueño
con tu marido?

ADELA. No tal.

LUISA. Y asi callando te mueres?

ADELA. Es mi genio, no te asombres.

LUISA. Está visto, son los hombres
peores que las mujeres.
Nosotras tan solo, pues,
siendo niñas y solteras,
solemos decir tonteras
á uno, dos, á lo mas tres.
Inocente diversion
cuando el talento la rige,

que ni el espíritu aflige
ni mancilla la opinion.
Pero te casas, y al cabo
de tres meses, cuando mas,
cambian las tornas, y zas!
se hace señor el esclavo.
Y te encuentras allí, sola,
que va á vestirse el marido,
si la doncella ha salido,
plancharle la camisola.
Y reñir á troche y moche,
sufrir al ama de cria,
hacer que limpien de dia,
tomar las cuentas de noche...
Vamos, vamos, es la cosa
mas fatal del universo...
El amor empieza en verso,
hija, pero acaba en prosa.

ADELA. Exajeras! No es amargo
mirar con celo cumplido
por la casa y el marido.

LUISA. Mas tú sufres, sin embargo.

ADELA. Sufro por otra razon.

LUISA. Pues quién te hace sufrir, dí?

ADELA. Mi esposo.

LUISA. Y le quieres?

ADELA. Sí:
con todo mi corazon.
Yo iba mucho á la tertulia
de una doña Julia...

LUISA. Oh!
ya me acuerdo! Si iba yo
á caso de doña Julia.
Daba merengues los vi ernes!
Y qué mal cantaba!

ADELA. Allí
fué donde yo conocí
á Pablo, mi esposo en ciernes.
Bailando, en cierta ocasion
me habló de amor cuanto es dable...
Era el novio mas amable!

LUISA. De novios todos lo son.

ADELA. Mas me caso, y por mi daño
cada hora descubria
en mi esposo una manía.
LUISA. Pues no es mala renta al año.
ADELA. En todo ve algun desliz...
cualquier cosa le da espanto,
y me quiere tanto, tanto
que me hace muy infeliz.
He roto con las de Céspedes
solo por tener dos primos.
Jamás en casa vivimos
donde haya cuarto de huéspedes.
De paseo no preguntes,
pues cuando salgo, asustada
me deja cada mirada
que arroja á los transeuntes.
Y está de celos tan lleno
que me trae de noche en coche
á casa, porque de noche
tiene celos del sereno.
LUISA. Y eso te causa pesar?
ADELA. Con sus sospechas me oprime.
LUISA. Si ese es un amor sublime.
ADELA. Pues á mí me hace llorar.
LUISA. Ah! si yo hubiese encontrado
un hombre así... qué fortuna!
que no mirase á ninguna,
que eternamente á mi lado
pasara sus dulces ocios,
y no como mi señor,
que preferia á mi amor
el correr tras los negocios.
Yo inquiria sin cesar
adonde entraba y salia...
ADELA. Dí, y te queda todavia
el vicio de preguntar?
LUISA. Sí, y en soledad ingrata,
no sabiéndome qué hacer,
me dí á leer, á leer,
y casi soy literata.
Prosigo: á cada pregunta
que hacia á mi esposo, al punto

decia: «Voy á un asunto,
tengo esta noche una junta.»
Y mientras que yo infeliz
le plañia en triste voz,
él atesoraba arroz,
almacenaba maiz.
Un pozo, en fin, á mi gozo
honda sepultura dió,
pues desde que el pozo halló,
cayó mi gozo en un pozo.
Se hizo minero el bribon,
y no me hablaba mas ya,
que de la galena y la
calicata y el creston.

ADELA. En eso, á mi parecer,
tu esposo no ha delinquido.

LUISA. No ha de explotar mi marido
mas mina que su mujer.
Yo, mas valiente que Isis,
le seguia á todas partes;
pero un dia —y era martes—
me dijo: «Basta de crisis.
Mi señora esposa, mil
veces enuncié la idea
de que no quiero que sea
mi mujer un alguacil.
Una boda es un albur:
sus celos me causan tédio;
y pues no encuentro remedio
para sus celos, abúr.»
Y dijo, y tomó la ruta
sin mirar mis padeceres,
y me dejó en la que quieres
tú, libertad absoluta.

ADELA. No, que mucha independencia
perjudica.

LUISA. Ahí está el quid.

ADELA. Hay tanto pollo en Madrid!

LUISA. Tanto naranjo en Valencia!
Sola allí, vengo á buscar
en tu amistad un amparo.
Te encuentro triste: está claro

que no te he de abandonar.
Y aunque tú pienses que no,
verás, cuando se coaliga,
de lo que sirve una amiga,
una amiga como yo.
Y hallaremos un consuelo
mas dulce que los anises,
cuando yo encuentre á mi Ulises,
y tú amanses á tu Otelo.

ADELA. Harás que me ria.

LUISA. Así.
Enséñame por menor
tu casa, tu tocador...

ADELA. Viene gente, por aqui.
(*Vánse por la primera puerta de la izquierda.*)

ESCENA II.

DON PABLO *y* BRUNO.

PABLO. Toma.—No ha venido nadie?
(*Dando á Bruno el sombrero.*)

BRUNO. Sí, señor.

PABLO. Cómo?

BRUNO. Una amiga
de la señora.

PABLO. Quién es?

BRUNO. No sé; me es desconocida...

PABLO. Pero no sabes su nombre?

BRUNO. Su nombre... sí, doña Luisa...
no recuerdo el apellido:
eso sí, parece lista...
A mí me llamó animal
porque enganché en la levita
el fleco de su... de su...

PABLO. Oiga! Y dime tú: qué opinas
de esa señora? Qué trazas
tiene?

BRUNO. Yo soy fatalista.
Hoy es martes: cuando ella
por la escalera subia,

yo dí un resbalon, que á poco
me desbarato la crisma.
Mal presagio! Derramé
agua; peor todavia!
Rompí una botella... paf!
Mahulló el gato en la cocina
y estornudó la Colasa.
Todo esto es, que la venida
de esa mujer va á hacer crisis
en nuestra vida tranquila
y sosegada.

PABLO. Tal vez.
Dime: es jóven?

BRUNO. Y muy linda!
Comprendo que Adan pecara
si Eva le era parecida!

PABLO. *Malorum, malorum.* Ese
es otro mal. Si la niña
es bella, y la da por ser
amable, Dios nos asista!
Va á ser esta casa centro
de reunion, donde haya citas,
pañuelos en los balcones,
cartas en la portería,
letreros en la escalera
y majos en las esquinas.
Nada! Yo no me resigno
á impertinentes visitas.
Y hay maridos que consienten
que su mujer tenga amigas?
Ellas son las que aconsejan,
las que encubren, las que incitan
amistades... Buena plaga
se nos ha venido encima!...
Ira del cielo! Y ahora
que hemos dado en la manía
de que se estrechen las manos
ellos y ellas con recíproca
efusion! Pues y los bailes?
Deliciosa perspectiva!
Con tanto apreton y tanta
vuelta y tanta... Quién seria

el inventor de la polka?

BRUNO. Mi voz de seguro afirma
que no era casado.

PABLO. El baile!
En él es donde principian
las aventuras, las bromas,
y suele haber cada intriga...

BRUNO. Muchos peligros ofrece
esta coronada villa
al matrimonio.

PABLO. Yo quiero
evitarlos.—Bruno, mira:
estoy por marcharme lejos
de aqui.

BRUNO. A dónde?

PABLO. A Turquía!
No, que allí pueden entrar
los rusos... Oh! si la India
no se encontrára tan lejos!...
en ella me establecia
de seguro.

BRUNO. Y los salvajes?
Y las fiebres amarillas,
las serpientes y las hienas?

PABLO. Qué mas hiena que una amiga?
Qué mas tigre que un amigo?
Qué mas serpiente maligna
que una suegra, una cuñada?
Qué mas fiebre que la pícara
atmósfera de la córte
con sus costumbres ilícitas?
Qué mas salvaje... que yo!
que estoy con estas manías
martirizándome siempre,
y la pequeñez mas nimia,
sin causa y razon, me hace
salirme de mis casillas?
Malhaya mi suspicacia!
Adela es buena.

BRUNO. Buenísima;
pero es muger.

PABLO. Bruno, calla!

Su amiga será una niña,
que la habrá venido á ver
para hacerla una visita
de cumplido, y se acabó.

BRUNO. Debe de ser mas ladina...

PABLO. Te quieres ir á paseo?

BRUNO. Bueno, bueno; usted me chilla,
usted me desprecia!

PABLO. Bruno!...

BRUNO. Usted llorará algun dia
por no oir mis predicciones,
que es muy perspicaz mi vista.

PABLO. Pero...

BRUNO. Y me deben respeto
usté y toda su familia:
yo serví sin interés.

PABLO. Sí, ya sé...

BRUNO. Que yo seguia
una carrera, y cursé
la gramática latina,
y no nací para fámulo,
y como dice Nebrija...

PABLO. Vete, demonio, que salen.

BRUNO. Nada, no me dé usté oidas;
pero esto está en crisis.

PABLO. Oh!

BRUNO. Llámeme usted fatalista!
(*Váse, foro derecha.*)

PABLO. Si habrá descubierto algun
rasgo en su fisonomía
que indique... Aqui está... Veamos
si consigo despedirla.

ESCENA III.

PABLO, ADELA *y* LUISA.

LUISA. Tú déjame que yo diga
lo que quiera.

ADELA. Bien, mujer.

PABLO. Señora...

ADELA. Tengo el placer

de presentarte á mi amiga
Luisa.

LUISA. A un lado cumplimientos;
franqueza en todo y por todo.

PABLO. Que me place.

LUISA. De ese modo
quedamos todos contentos.
Su señora me ofreció
este hospitalario techo,
y le he aceptado.

PABLO. Bien hecho.
(*Con risa forzada.*)

LUISA. Le agrada á usted?

PABLO. Por qué no? (*Idem.*

LUISA. No se acuerda usted de mí?
Era yo cuando muchacha
tan loca, tan vivaracha...

PABLO. Pues se conserva usted...

LUISA. Sí.
Yo le tengo á usted presente
de cuando hacia el amor
á Adela, y fué el vencedor
entre tanto pretendiente.
Bien la puede usted querer...

PABLO. Y la quiero con vehemencia....

LUISA. Que al darle la preferencia
tenia donde escojer.
Aquel de Estado Mayor,
qué pronto se enfurecia!
Te acuerdas?

ADELA. Mucho.

LUISA. Y queria
desafiar al señor.
Y el primo de la Tiburcia?
Ese no te olvida... Ah!
y ha hecho carrera: ahora está
de Gobernador en Murcia.
Y Luis, y Paco, y Antoñ?
Y aquel chico de Vizcaya
tan rollizo...

PABLO. (Vaya, vaya,
mudemos conversacion.)

Usted no vive en Madrid?
(A ver si asi la contengo...)

LUISA. Hace tiempo que no: vengo
de Valencia, la del Cid.
Desde que enviudé, en mis gustos
tan solamente reparo.

PABLO. Es usted viuda... (Está claro,
mató el marido á disgustos.)

LUISA. El placer es mi divisa.

PABLO. No es mala.

LUISA. Y segun mi norte,
es necesario en la córte
divertirse.

ADELA. Bien por Luisa.

LUISA. Con que apoyas mis deseos?

ADELA. Desde luego.

PABLO. (Malo, malo!)

LUISA. Pues señor, aqui me instalo.
Bailes, teatros, paseos...
sociedades: hé aquí el plan
Que hay que seguir desde ahora.
No es magnífico?

PABLO. Señora...
(Hasta dónde llegarán
sus propósitos?)

LUISA. Frecuentes
reuniones... raúts.

PABLO. (Qué escucho!)

LUISA. No es así?—Me gustan mucho
los maridos complacientes.
De los pollos prescindimos,
porque al cabo, en nuestra edad,
gente de formalidad.

ADELA. Nunca en casa recibimos.

LUISA. Pues es preciso variar
de costumbre, y recibir.
Pueden ustedes vivir
en la córte sin gozar
el dulce y variado encanto
que la sociedad inspira?
Sin ver á nadie. Mentira!
A propósito! Yo canto.

Daremos conciertos.

ADELA. Bien!

LUISA. Es preciso llamar gente.

ADELA. Y canta divinamente: (*A Pablo.*)
toca el piano tambien.

PABLO. Bravo! Sea enhorabuena.

LUISA. Todo ello es pura aficion.
Siempre que demos reunion
tendremos la casa llena.

PABLO. (Pues me agrada ¡vive Cristo!
la noticia. A esta mujer
no la falta mas que ser
literata. Andaré listo.)

LUISA. Yo rindo culto á lo bello.
El placer de la armonia...
el teatro... la poesia...

PABLO. (Hola! ya pareció aquello.)

LUISA. Busco con ávido afan
á los poetas mejores:
los célebres escritores
forman mi encanto: *Jorge Sand...*
Alfonso Karr... Dumas... oh!
la lectura....Placer célico!
Conoce usté á Silvio Péllico?

PABLO. (A que sabe mas que yo!)

LUISA. Ni á *Balzac* ni á *Lamartine*?

PABLO. Yo... no.

LUISA. Usted no lee?

PABLO. Sí: leo
los periódicos, y creo
aun que es demasiado.

LUISA. En fin,
mientras yo en Madrid esté,
hay que entablar vida nueva.
Yo quiero poner á prueba
la indiferencia de usté.
Del trato del mundo aislado!

PABLO. Pero, hija, qué hemos de hacer?

LUISA. Eso no ha de suceder
mientras yo viva á su lado,
Si á ese retraimiento
injusto se condenase

usted solamente, pase:
pero ella... No lo consiento.
Flor, cuya tierna corola
se abre al soplo de la vida,
permanecer escondida,
ignorada, y triste, y sola!...
Es ya exigir demasiado.

PABLO. Pues, hija, no me acomodo...

LUISA. Para vivir de ese modo
no se hubiera usted casado.

PABLO. Pues qué! solo el matrimonio
sirve para dar reuniones
y brillar en los salones?
(Es doctrina del demonio!)

LUISA. Cierto que no: sin embargo,
cuando una mujer se casa,
no es para estar siempre en casa
metida.

PABLO. Ya me hago cargo.
Cuando un marido procura
vivir en paz, es celoso;
y es el buscar el reposo
crímen de lesa-hermosura.
Conviene mas hacer gala
de ella.

LUISA. Es cosa corriente.

PABLO. Y entretener á la gente
con su presencia. No es mala
idea!

LUISA. Ese es mi consejo;
con que basta de sermon,
y siga usted mi opinion.

PABLO. Señora...

ADELA. Te vas?...

LUISA. Os dejo.
Me voy á encargar un trage
de baile...

PABLO. (Qué porvenir
tan risueño!)

LUISA. Y á decir
que traigan el equipaje.

ESCENA IV.

PABLO *y* ADELA.

PABLO. Espero, señora mia,
de su talento y de su
prudencia, exquisito tacto
y fé conyugal...

ADELA. Jesus,
qué galante está hoy el dia!
Eso en usted no es comun.
Qué quiere usted?

PABLO. Lo que quiero
es no cargar con la cruz
de esa señora, que puede
que valga mas que el Perú;
pero á mí se me figura
de defectos el *non plus*,
y nos va á dar mas disgustos
que hay salmones en Irún;
y lo enreda todo, y mete
mas estruendo que un obús,
y me ha puesto de un humor
tan negro como el betun.
Puedes decirla que en casa
no hay mas que un cuarto sin luz;
que el vecino tiene tos,
ó que Bruno es un atun...
Cualquier cosa, con tal que
levante el campo y abúr.

ADELA. Esa señora es mi amiga;
y desde mi juventud
mas tierna, me ha prodigado
su cariño sin ningun
interés: si estaba enferma
miraba por mi salud
en el colegio: es mi hermana,
y hoy que la trae un albur
á mis puertas, yo no puedo
cerrárselas como al bú.
Mas me quiere ella que usted,

que es siempre un celoso, un. .

PABLO. (Ya saltó.) Adela, yo soy
mas dulce que el alajú:
si alguna vez te atormento,
es porque temo el run run
de los que en viendo un marido
le ponen de oro y azul.
Mira: el carácter de Luisa,
que lee á Pigault Lebrun
y á esa gente, no conviene
á mujeres como tú,
que eres tan juiciosa: un dia
la prenda cualquier gandul...
A mí no me engaña: soy
perro viejo, y no hay tus tus.

ADELA. Tú la calumnias. Doctrinas
del tiempo de don Fortun,
ridiculeces.

PABLO. Mujer,
si en cinco minutos... puf!
te ha transformado de modo,
que ni don Joaquin Ormuz,
tu tutor, te conociera...
Me va á dar un patatús
de coraje...

ADELA. No te falta
mas que cojer un bambú,
y con él...

PABLO. Mujer, si quieres
que me ahorque de un abedúl...

ADELA. Luisa es tan amiga mia...

PABLO. Confúndala Belcebú!...

ADELA. Que antes de verme me amaba;
pues como dice Hartzembusch...

PABLO. Tambien citas? Se acabó!
Emigro á Calatayud.

ADELA. Qué infeliz soy!

PABLO. Calla, calla,
no se entere este avestruz.

ESCENA V.

DICHOS *y* BRUNO.

BRUNO. Señor...
PABLO. Qué traes?
BRUNO. Esta carta,
que la trajo en mano propia
un corredor, segun dice
la portera, y como es tonta,
la ha tenido en su poder
mas de treinta y ocho horas.
PABLO. No desconozco la letra.
BRUNO. Qué triste está la señora!
Debe haber llorado mucho!
PABLO. Qué te importa?
BRUNO. Qué me importa?
Llámeme usted fatalista!
Cuando yo digo una cosa...
Esto está en crísis!
PABLO. En crísis!
BRUNO. La venida de la otra...
ADELA. (Se acabó! Tendré carácter!
Mi flaqueza me abochorna:
tantos celos son ridículos:
Luisa la venda engañosa
me arrancó que me cegaba:
no he de estar hecha una monja...)
PABLO. Adela mia, estás triste...
ADELA. No señor... Y si le estorba
mi presencia para abrir
esa carta...
PABLO. Rencorosa!
(*La besa la mano.*)
ADELA. Basta.
PABLO. Dejémoslo así
hasta que pase la mosca.
Voto á doscientas legiones
de demonios!... Esta es otra!
(*Despues de leer la carta.*)
BRUNO. Bien presagié, que esa carta

encerraba ponzoñosa
alguna desgracia.

PABLO. Esto
va á ser una Babilonia!

BRUNO. Piensa mal y acertarás...

PABLO. Te quieres callar? Qué posma!

ADELA. Puede saberse...

PABLO. Un amigo
me escribe de Zaragoza,
y dispone de mi casa
como si fuera una fonda.
Me lo dice en esta carta.

ADELA. En esa carta?

PABLO. Sí, toma.

ADELA. «Pablo mio queridísimo,
»me alegraré que impertérrito
»disfrutes *salutem plurimam*,
»sin que tabardillo pérfido,
»dolor de muelas ni cólico
»te haga jurar como un réprobo.
»Con estas letras anúnciote,
»que me ha acometido el vértigo
»de divertirme muchísimo,
»y parto á Madrid frenético.
»Te abrazaré antes del miércoles.
»Tú me hospedarás benéfico;
»pues siendo tu amigo íntimo,
»no consentirás malévolo,
»que en una casa de huéspedes
»diga que eres poco espléndido.
»Adios: tu amigo Andrés Zárate.
»Posdata.—Estaré famélico.»

PABLO. Ves como la amistad es
mas plaga que la langosta?

ADELA. Pues tienes mas que decirle
que hay solo un cuarto con poca
luz, y que nuestro vecino
tiene una tos que se ahoga,
que Bruno es un atun...

BRUNO. Cómo?
Esa escusa es poco honrosa,
sobre todo para mí.

ADELA. Aun no hace un cuarto de hora
tú me decias que diese
esas disculpas y otras.
PABLO. Con Andrés me es imposible...
Bruno, prepara esa alcoba.
BRUNO. Ay, señor! Bien dice el dicho...
PABLO. Te quieres callar la boca?

ESCENA VI.

PABLO *y* ADELA.

ADELA. Confiese usted su injusticia.
PABLO. Obligaciones notorias
á ese muchacho me ligan.
Encontré siempre su bolsa
abierta en cualquier apuro:
cuando estudiamos retórica,
él me rimaba los versos,
me corregia la prosa...
Y cuando vivimos juntos
en la calle de la Flora,
yo perdí el dinero al juego,
y él me pagó la patrona...
Lo malo será que al verte,
como tú eres tan hermosa...
ADELA. Vuelve usted á su manía?
Adios! (*Váse por el foro.*)

ESCENA VII.

PABLO.

Estalló la bomba!
Ah! Por qué no me habrá dado
Dios una cara tan fosca,
que no tuviese un amigo
diez leguas á la redonda?
Amistades, amistades!
Mala peste para todas!
Doble que á los que me quieren
quiero yo á los que me odian.

ESCENA VIII.

PABLO *y* ANDRÉS *en trage de camino.*

ANDRES. Aqui me tienes!
PABLO. Andrés!
ANDRES. Pablo de mi corazon!
Qué guapo que estás! Sin duda
llevas vida de prior.
Francamente, me esperabas?
PABLO. Chico, francamente, no.
Bruno, lleva esa maleta
á la alcoba del señor.
(*Bruno lo hace, y vuelve á marchar por el foro.*)
ANDRES. Qué trabajo me ha costado
encontrar tu habitacion;
pero afortunadamente
me la dijo un corredor.
PABLO. Yo hubiera ido á buscarte
con un coche, mas llegó
tu carta tarde.
ANDRES. A qué vienen
cumplimientos *inter nos*?
PABLO. Mi esposa estaba algo mala...
ANDRES. Te has casado?
PABLO. Sí.
ANDRES. En qué voz
tan triste lo dices, hombre!
Y ahora que venia yo
á recordar de otro tiempo
las travesuras y los...
Tu esposa es bonita?
PABLO. Pch,
no es gran cosa. (Tiburon!)
ANDRES. Pues si llega á tener celos,
te diviertes como hay Dios:
esa enfermedad ridícula,
que no la cura el doctor,
pone á cualquier matrimonio
en crisis.
PABLO. (Dios de Jacob!)

ESCENA IX.

DICHOS: ADELA, LUISA *y* BRUNO *con algunos efectos de esta última.*

ADELA. La maleta, el *necesaire*....
PABLO. (Ahora la otra.)
ADELA. Anda listo. (*Váse Bruno.*)
ANDRES. Hola, ninfas. (Jesucristo!)
(*Viendo á Luisa.*)
LUISA. (Mi marido!)
ANDRES. (Mi mujer!
Gran Dios! Si me habrá seguido!)
LUISA. (Será por mí su venida!
No me doy por entendida.)
ANDRES. (No me doy por entendido.)
LUISA. (No le hablaré yo por cierto.)
ANDRES. (Vengarme me toca ahora.)
Con que es esta tu señora?
(*Dirigiéndose á Luisa y saludando.*)
LUISA. Yo soy viuda. (*Muy séria.*)
ANDRES. (Ay, que me ha muerto!)
PABLO. Mi esposa, mi amigo Andrés.
(*Presentándolos.*)
ANDRES. Señora... (Pues es muy bella. (*A Pablo.*)
Vale mucho mas que aquella.)
PABLO. Con que te gusta mas? (Pues!)
LUISA. (Pérfido, malvado!) Dí (*A Adela.*),
quién es el recien venido?
ADELA. Amigo de mi marido.
Es buen mozo.
LUISA. Asi, asi.
PABLO. (Quiera el Señor darme esfuerzo
para sufrir esta crisis,
y no morirme de tisis
ó de coraje.)

ESCENA X.

DICHOS *y* BRUNO.

BRUNO. El almuerzo.
ANDRES. Viva! Delicioso anuncio!

Acepta usted?
(*Ofreciendo á Adela el brazo.*)

ADELA. Con placer.

PABLO. (Pues, ya cogió mi mujer.)

ANDRES. (Cojer la otra? Abrenuntio!)

LUISA. Vamos? (*Cojiendo el brazo á Pablo.*)

PABLO. (Yo estoy sobre ascuas!)

LUISA. (Le he visto otra vez, y lucho...)
No va usted contento? (*A Pablo.*)

PABLO. Mucho!
Mas contento que unas pascuas.

ESCENA XI.

BRUNO.

Auguro, presagio, infiero
que la tormenta no cesa,
y descarga el aguacero,
y... Voy á servir la mesa...
A que se vierte el salero?

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

PABLO, *saliendo por el foro izquierda.*

No puedo mas: dejo el puesto,
porque mi cólera es tanta
que si estalla... Vírgen santa,
qué almuerzo tan indigesto!
Yo estaba puesto en un potro,
y como se adelantaron,
está claro, se sentaron
el uno cerca del otro.
Y mi amigo y mi mujer...
No, no; tal vez los ultrajo.
Mas por qué hablaban tan bajo
que no los pude entender?
Luego la fuerte presion
de un pisoton sentí bien...
Cielo santo! Para quién
seria aquel pisoton?
Oh! Supuesto que esto pasa,
yo daré la órden espresa
de que se sirva la mesa
sin manteles en mi casa.

Pero es posible, Señor!
El mal con el bien en guerra,
no habrá dejado en la tierra
ni amistad, ni fé, ni amor?...
Será que soy un mastuerzo,
que no sé lo que me digo,
y mi mujer y el amigo,
y la amiga y el almuerzo...
O será que tal es ya
de mi honor el caso feo,
que aunque soy marido, veo...
Qué será! Qué no será!

ESCENA II.

PABLO *y* BRUNO.

PABLO. Ah! Bruno!
BRUNO. Mándeme usté.
PABLO. (Este no será un infame
como todos.) Llega, y dame
un consejo.
BRUNO. Para qué?
PABLO. Cómo para qué?
BRUNO. Sí tal.
PABLO. Tú me quieres, eres viejo,
yo estoy confuso, un consejo
podrá hacerme bien.
BRUNO. O mal.
Como de hombres es errar,
mas en mi opinion me aferro,
y por si el consejo yerro,
no se lo quiero á usted dar.
PABLO. Pero, hombre, mira...
BRUNO. No miro.
PABLO. Pero escúchame.
BRUNO. No escucho.
PABLO. Tú eres ducho...
BRUNO. No soy ducho.
PABLO. Te retiras?
BRUNO. Me retiro.
PABLO. En todo has de augurar mal.

BRUNO. Soy un pesimista, un tuno.
Agur.
PABLO. Bruno!
BRUNO. Nada.
PABLO. Bruno!
Oh! Yo estoy loco!
BRUNO. Cabal!
PABLO. Tengo calentura!
BRUNO. Horrible!
PABLO. Si doy en estas manías,
en menos de quince dias
me entierran.
BRUNO. Es muy posible!
PABLO. Qué, no te has ido? Es extraño.
BRUNO. Como le oia decir...
PABLO. Me faltaba que sufrir
el último desengaño.
Tú, que me viste nacer...
BRUNO. Mire usted, desde aquel dia
presagié yo que nacía
usted para padecer.
Amo de mi corazon!
PABLO. Consuelas de una manera...
BRUNO. Ay! Ojalá que se hubiera
quedado en el sarampion!
PABLO. Hombre!
BRUNO. Déjeme usted, deje
que á mis anchas me enternezca.
Pregunte lo que se ofrezca.
Quiere usted que le aconseje?...
PABLO. Sobre... Mira, acá *inter nos*
hemos de zurcir el plan;
que como dice el refran,
mas ven cuatro ojos que dos.
Yo me casé...
BRUNO. Ya lo sé.
Y por signo endemoniado,
era martes y nublado
el dia en que casó usté.
PABLO. Tentábame Belcebú
para hacerlo de mil modos;
me lo aconsejaban todos:

hasta recuerdo que tú ..

BRUNO. Distingo: yo dije, lleno
de interés por su regalo:
el estar soltero, es malo,
pero el casarse, no es bueno.

PABLO. Un dia, siguiendo el curso
que me llevaba al abismo,
á cuentas conmigo mismo,
me eché el siguiente discurso.
»Aunque fama vocinglera
en torno mio se apila
llamándome calavera,
mi conciencia está tranquila;
diga el mundo lo que quiera.
Sobrado tiempo corrí
tras el placer sin empacho:
ya pasó el tiempo en que fuí
muchacho, y todo muchacho
tiene algo de frenesí
por el mundo y sus engaños,
sin ver lo feo del vicio,
hasta que los desengaños
van labrando con los años
su corazon y su juicio.
Y ya en el mio cabal,
para siempre me despido
de ese ruido mundanal:
tengo un odio atroz al ruido
desde que me hice formal.
Qué soltero está tranquilo,
siempre solo y desamado
en la casa de pupilo,
cuando uno está enamorado
teniendo el alma en un hilo?
Víctima siempre del ocio
y la amistad petardista,
y el desembolso, su sócio;
por seguir una conquista
desatendiendo un negocio.
Trabando estrecha amistad
con quien le vuelve á uno loco,
y que con sagacidad

le retrae poco á poco
de la buena sociedad.
Qué son Teresa, ni Blasa,
ni la ruin fiebre periódica
que al contemplarla se pasa?
No es mas dulce la metódica
tranquilidad de una casa?
Olvidar vanas locuras
y tener los ojos fijos,
dejándose de aventuras,
en su mujer, en sus hijos...
Me muero por las criaturas!
Y en fin, para no cansarme
y de cansado morirme
y aburrido condenarme,
he resuelto refundirme,
y decidido casarme.»
Despues que así me arengué,
muy satisfecho de mí
dí cuatro brincos, fumé,
canté un aria, me vestí,
y á la calle me lancé.
Y era tal del matrimonio
la idea que yo tenia,
admira si soy bolonio,
que me hubiera en aquel dia
casado con el demonio.
Bailando una contradanza
en la calle de la Luna,
cuando era moda esta danza,
conocí á mi esposa en una
tertulia de confianza.
Me aceptó por paladin;
y apenas pasado un mes,
su tutor, un don Joaquin...
me preguntó muy cortés
si la hablaba con buen fin.
Yo, por mi fortuna negra,
le digo que sí, y, amigo,
me caso, y luego...

BRUNO. Pues digo,
si llega usté á tener suegra!

PABLO. Me tiro al canal. Prosigo.
A mi mujer adoré
como á un ángel de los cielos.
Tanto amor atesoré
en ella, que hasta llegué
á tener del viento celos.
Y aunque temo mil intrigas,
de mi bondad sois testigos
y quiero que tú lo digas.
Solo la prohibo amigas,
bailes, teatros y amigos.
Es verdad que de soltero
yo seguí las modas todas,
y ahora seguirlas no quiero,
porque ahora soy el mas fiero
adalid contra las modas.
Porque ahora es moda bailar
de una manera que no
puede un marido aprobar,
y es moda la mano dar,
y tampoco quiero yo.
Porque ahora con un meñique
se magnetiza á un cristiano,
y á mi mujer pongo dique
para que no dé la mano
y luego me perjudique.
Que ahora que se hace girar
á cosas inanimadas,
si se permite tocar
á las mujeres casadas
dónde vamos á parar!
En mi casa mando yo:
bien sé que ella soliloquia,
mas no he de ablandarme, no,
que para algo me la dió
el cura de la parroquia.
Ahora mismo me atosigo
con un mal que me atosiga,
y razon me sobra, digo,
mi mujer tiene una amiga,
á mí me llovió un amigo.
Segun lo que he colegido,

Luisa es alegre de cascos.
Andrés es entrometido:
y como ya han sucedido
en el mundo tantos chascos...
Y mas de un amigo y tres...
No quisiera yo ser uno
de tantos, y que despues
me apellidasen... ya ves...
Con que aconséjame, Bruno.

BRUNO. Usté está celoso.

PABLO. Sí;
pero eso no es nuevo.

BRUNO. No;
pero ahora es con causa.

PABLO. Oh!

BRUNO. Sospecha usted de alguien?

PABLO. Yo
sospechára hasta de mí.

BRUNO. Si encierra usté á su mujer
y la tapia la ventana,
á ninguno podrá ver;
pero la entrará mas gana,
y no lo debe usté hacer.
Si la deja usted salir
á sus anchas y sin traba,
se va á querer resarcir
del tiempo que estuvo esclava,
y nos va á dar que sentir.

PABLO. Con que es decir...

BRUNO. Sí señor.
El caso en que está su honor
á ningun caso lo igualo:
si usted no la encierra, malo,
si usted la encierra, peor.

PABLO. De manera...

BRUNO. De manera
que puede que sí... No obstante,
ya usted me entiende.

PABLO. Quisiera.

BRUNO. Con que ya he dicho bastante.

PABLO. Pero...

BRUNO. Haga usted lo que quiera.

(Malo está! Voy por el médico,
á que su mal cure rápido.)

ESCENA III.

PABLO.

Anda con Dios, viejo estúpido!
A fé que yo soy mas cándido
que él con sus insulsas réplicas,
yo, con mi afan consultándolo;
pero está mi pobre espíritu
tan abatido y tan lánguido,
que consultára á los árboles
con tal que me dieran ánimo.
Cómo estoy! Qué melancólico,
y qué ojeras, y qué pálido!
Cualquiera en mi rostro tétrico
adivinará un fin trágico.
Pero no evita el ridículo
estar haciendo el Heráclito....
Pensemos... Mi cara cónyuge
dará á sus amores pábulo?
Querrá mi amigo pretérito
que tenga algo de lunático?
Como esto suceda... Cáspita!
no hay remedio, cojo un látigo,
agarro al amigo incómodo,
le pongo como un San Lázaro...
Haga la Vírgen Santísima
que no busquen un escándalo,
que si lo descubro el miércoles
asisto á su entierro el sábado.

ESCENA IV.

PABLO *y* LUISA.

LUISA. (Aqui está Pablo.)
PABLO. (La amiga.)
LUISA. (Si yo pudiera avisarle...)
PABLO. (Si yo pudiera por esta

saber si trama aquel cafre...
Es mujer, será coqueta.)

LUISA. (Es hombre, sí, será frágil.)
Cómo tan pronto la mesa
deja usted?

PABLO. No ha de estrañarse
si á solas pensar queria
en ese lindo semblante.

LUISA. Mil gracias por la lisonja.

PABLO. Oh! no, no es lisonja... (Tate!
Parece que se sonrie.)

LUISA. (El mismo da pie... adelante.)
Los hombres siempre lo mismo;
ni siendo casados saben
guardar fé.

PABLO. Pero, señora...
quién pudiera dominarse,
si en la senda de la vida
se llega á encontrar un ángel?
(Y es muy guapa; y yo no lo hago
del todo mal. Soy galante.)
Qué, no merezco respuesta,
Luisita?

LUISA. Ja, ja! El diantre
es usted, don Pablo.

PABLO. Bah!

LUISA. Si su mujer le escuchase...

PABLO. No es celosa.

LUISA. Y usted?

PABLO. Yo...
menos celoso que nadie:
los celos me hacen reir...
En fin, la prueba es palpable.
Ahí tiene usté á mi mujer
sola con Andrés. (Tunante!)
En mi mujer yo delego
omnímodas facultades.
Ella es la que reina, y yo
la rindo pleito-homenaje.

LUISA. Hace usted perfectamente;
asi podrá libertarse
de una autoridad, que siempre

causa disgustos y azares.
Que hay negocios, despacharlos:
que hay hijos, amonestarles.
Y ver si el criado sisa
en la verdura ó la carne:
pagar multas del cochero,
porque atropelló á un cesante:
mirar si la cocinera
tiernos telégrafos hace
con el mancebo de la
tienda de aceite y vinagre.
Que hace humo la chimenea,
que la hija quiere casarse,
que corrió tras la doncella
el señorito ayer tarde,
que el arrendador no chista,
que no llovió, ó llovió á mares,
y no se cobran las rentas
que dan las fincas rurales,
y porque de las urbanas
el producto no les falte,
si no paga un inquilino,
los bártulos á la calle.
Comprendo que es todo esto
prosáico, pálido, infame.
Yo soy lo mismo que usted,
no sirvo para estos lances;
soy muy espiritual.
(Miento lo mismo que un sastre.)

PABLO. Y dígame usted: Andrés
la gusta?

LUISA. Es un badulaque.
Dijo á Adela mil tontunas...
(Asi lograré estorbarles.)

PABLO. (Tontunas!) Y á usted tambien?

LUISA. No, ni me ha mirado. (Infame!)
Andrés es un Juan Tenorio.

PABLO. Le conoce usted?

LUISA. Bastante.
Digo, de vista... En Valencia
fué al Cabañal á bañarse
y escandalizó: si lleva

su escándalo á todas partes.
(La que va á dar un escándalo
que se va á oir en Getafe,
soy yo.) Prendóse en Rusafa
de la mujer del alcalde,
y dió palos al marido
y al hermano, que era un jaque..

PABLO. Con que tras de... (Pues señor,
será preciso matarle.)

LUISA. Luego tiene una aficion
á toda casada...

PABLO. Zape!

LUISA. La mujer de un juez, (bribon!)
la de un escribano; (cafre!)
qué hombre será, cuando no
tiene miedo á los curiales?
(Se pone pálido, bueno.)
Mas no debe usté inquietarse
por usted; siendo su amigo...

PABLO. Sí, mi amigo... (Es un pillastre!)

LUISA. (Pues Adela lo ha tomado
á pechos... he de vengarme.)

PABLO. (Vaya, voy á armar un cisco...)

LUISA. Aqui estan los dos.

PABLO. (En grande!)

ESCENA V.

PABLO, LUISA, ADELA *y* ANDRES.

ANDRES. (Estaba con Luisa aqui.)
Es usted encantadora. (*A Adela.*)

PABLO. (Se han estado media hora
y tres minutos alli.)

ANDRES. Tu mujer es un portento.

PABLO. Gracias. (Ya lo ha conocido.)

ANDRES. Serás un feliz marido.
Qué hermosura y qué talento!
Debes ser dichoso.

PABLO. Oh!
Mucho! Pero qué demonio!
si envidias el matrimonio,

por qué no te casas?

ANDRES. ...Yo! (*Asustado.*)
—Son tan raras de encontrar...
(*Reponiéndose.*)
Son tan escasas las sectas
de las mujeres perfectas...

LUISA. En sabiéndolas buscar... (*Con intencion.*)

ANDRES. Podré hallar mujer hermosa:
esa es cosa
fácil en nuestro pais.
Mas puede, cual casi todas,
amar tan solo las modas
de Paris.
Si por mi fortuna negra
tengo suegra,
adios la paz conyugal!
Si tutor, aunque sea zote,
no logro ver de la dote
ni un real.
Si era viuda, aparta, chucho!
Saben mucho!
Y si la voy á sacar,
angelito de un colegio,
tiene siempre el privilegio
de llorar.
Si es provinciana, es muy tosca,
y se amosca.
Si en la córte la escogí
y no doy bailes soberbios,
a copia ataques de nervios
para mí.
Y si es fecunda y no cria,
Vírgen mia!
no basta el oro de un rey
á la pasiega y su trage;
que traga la muy salvaje
como un buey.
Si quiere ir todos los años
á los baños,
derrocha todo el caudal,
y en la época del antojo
gasta de la cara un ojo

en un schal.
Si coje una pulmonía,
porque un dia
sacar no quiere el manton,
despues que á difunto hueles,
te deja con seis peleles
comision.
Nada, nada hay que me arguya:
yo no salgo de mi centro,
si en el camino no encuentro
una mujer cual la tuya.
Cómo has sabido escojer!

PABLO. (Gran Dios! No sé qué colija...
Sí, yo he visto esta sortija
en manos de mi mujer.)

ANDRES. De nuevo recibirás (*Dándole la mano.*)
mi parabien.

PABLO. (Es la misma...
Le voy á romper la crisma
en teniendo un dato mas.)

ADELA. Qué galanteria! Ves? (*A Pablo.*)

PABLO. (La rabia hablar no me deja.)

ADELA. Ay, Jesus! Esta madeja
(*Revolviendo el costurero.*)
qué enredada que está!—Andrés,
(*Llamando.*)
quiere usté hacerme el favor?..

ANDRES. Con mil amores, señora.

PABLO. (Y qué hace un marido ahora!)

LUISA. (Perjuro, falso, traidor!)
(*Pasando al lado de Pablo.*)

ANDRES. (Y Luisa le va á buscar!
Me parece cosa rara!..)

PABLO. (Lo que es como yo enviudara
no me volvia á casar:
no puede uno estar tranquilo.)

LUISA. (Dios me perdone la farsa.)

ANDRES. (Pues yo aqui soy un comparsa.)

ADELA. Que vá usté á perder el hilo.

ANDRES. (A mí nada se me escapa:
con Luisa y Pablo hay tapujo.)

LUISA. Es de usted este dibujo?

ANDRES. (Y ahora está Luisa muy guapa.)
LUISA. Qué hermoso dia! Me alampo
por gozar... (disimulemos)
del sol. Por qué no tenemos
mañana un dia de campo?
ADELA. Por mí...
LUISA. Vamos hácia el rio,
y que gozamos discurro:
nos paseamos en burro...
PABLO. Yo ya he caido del mio.
LUISA. Todos platos españoles:
váyase el rosbecf al diablo:
jamon con tomate... A Pablo
le gustan los caracoles?
PABLO. Es animal que detesto.
ADELA. Ya se acabó la madeja.
PABLO. (A su lado! No la deja!)
ANDRES. (A su lado! Malo es esto!)
LUISA. (Si Adela y Andrés traicion
hacerme solo querrian?..)
ADELA. (Si tantos celos serian
solamente una ficcion!)
ANDRES. (Yo desharé tanto hechizo.)
PABLO. (Veré si luego hace alarde...)
ANDRES. («En el Suizo esta tarde.»)
(*Cada uno escribe en su tarjeta.*)
PABLO. («Esta tarde en el Suizo.»)
ANDRES. Con que, Pablo, toma.
(*Dándole la tarjeta.*)
PABLO. (*Dándole la suya.*) Toma.
ANDRES. Qué me das?
PABLO. Y tú á mí,
qué es lo que me das aquí?
ANDRES. De mal género es la broma,
y al fin harás que me encienda.
PABLO. Quéjate, por decontado,
yo soy el descalabrado,
y tú te pones la venda!
ANDRES Y PAB. Por vida de Belcebú!
LUISA Y ADELA. Es esta tu amistad: dí?
PABLO. Quién tiene la culpa aqui?
LOS CUATRO. Eres tú... tú... tú... tú...

ADELA. Silencio, que viene gente.

ESCENA VI.

DICHOS: *el* MÉDICO *y* BRUNO.

PABLO. No he dicho que no recibo?
MÉDICO. Yo soy el facultativo.
Es usté acaso el paciente?
PABLO. No señor.
(*Váse cerrando la puerta del cuarto.*)
MÉDICO. (Vaya un humor!)
Usted, si no me equivoco,
es el paciente?
ANDRES. Tampoco.
(*Váse por el foro.*
MÉDICO. Usted...
ADELA. No!
(*Váse por la puerta de la izquierda.*)
MÉDICO. Usted...
LUISA. No señor.
(*Váse por la puerta de la derecha.*)
MÉDICO. (Pero estoy despierto, ó duermo?)
Quiere usté hacerme la gracia
de decirme?.. (*A Bruno.*)
BRUNO. Qué desgracia!
(*Váse al cuarto de don Pablo.*)
MÉDICO. Vamos! Se ha muerto el enfermo.
(*Solo y poniéndose el sombrero.*)

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DON PABLO *y* BRUNO.

PABLO. Pero á qué fin, condenado,
llamar el médico aquel?
BRUNO. Pensé que estaba usté enfermo
y asi le traje.
PABLO. Pardiez,
que aunque no hizo falta, es cierto
que á todos nos vino bien.
Yo ya no podia mas
con el pasivo papel
de marido sordo-mudo:
como era culpable Andrés,
estaba inquieto, y ella...
BRUNO. Quién es ella?
PABLO. Mi mujer
y su amiga, y es preciso
poner coto de una vez
á esta situacion. Al menos
cuento contigo: eres fiel:
tú vendrás conmigo.
BRUNO. Bueno.

A dónde vamos?

PABLO. No sé.
Separarme de ella!

BRUNO. No
se deje usté enternecer;
mire usted que las mujeres
son un ganado...

PABLO. Preven
la maleta, el pasaporte...

BRUNO. Se va usté?

PABLO. Tengo que ver
al apoderado, y luego
á su tutor: volveré
al instante. Falta aun
un hecho que esclarecer,
y segun el resultado
asi obraré yo.

BRUNO. Muy bien.

PABLO. (Aquella sortija... Sí,
ella se la ha dado á Andrés:
cuándo y cómo? Vive Dios,
que muy pronto lo sabré!)

BRUNO. Pobre señor!

PABLO. Las pistolas,
que estan en el *necesaire*,
déjalas fuera, y en caso
de necesitarte...

BRUNO. Qué?

PABLO. Cuento contigo?

BRUNO. Aunque vaya
al Saladero despues,
que eso será lo que pase.
Auguro... ya verá usted
la que se arma: esto se acaba
en tragedia.

PABLO. Puede ser. (*Váse, foro.*)

ESCENA II.

BRUNO. *Despues* LUISA *y* ADELA.

BRUNO. Pobre señor! Ya le veo

bañado en sangre! Tendré
que cargármele á costillas,
y pesa lo menos seis
arrobas.—Don Andrés muerto,
y yo apelando á los pies,
huyendo de que del Código
me venga á enterar el juez...
Si bien presagiaba yo!
Si yo presagiaba bien!
(*Luisa y Adela abren cada una la puerta de su cuarto: al verse vuelven á cerrarla.*)

LUIS. *y* ADEL. Bruno... ah!

BRUNO. Ocúltense ustedes
tras de las puertas... A fé
que el mal ya no se remedia.
La sangre se va á verter
á torrentes!

LUIS. *y* ADEL. Ah! (*Sin abrir.*)

BRUNO. Sí! Ah! (*Remedándolas.*)
No se ha armado mal Belen!
Ya se lo dirá de misas
el señor don Rafael,
el celador: tiene un genio
como un condenado. Ayer
apaciguó la disputa
de dos mozos de cordel,
dándoles cada estacazo,
salvo sea la parte, que
el uno quedó tullido,
y el otro apretó á correr;
y en cuanto que sepa el duelo
de mi amo con don Andrés...
y lo sabrá! pone un parte
que puede valer por diez.
Y lo pondrá! Ya los veo
apuntarse: una, dos, tres,
(*Dando palmadas.*)
prrrum!
(*Luisa y Adela salen y se abrazan á Bruno.*)

LUIS. *y* ADEL. Ay, Jesus!

BRUNO. De seguro
los dos van á perecer.
ADELA. Mas tú debes impedir...
LUISA. Usted debe impedir...
BRUNO. Qué?
Hacen muy bien en batirse,
sí señor, hacen muy bien!
De qué les sirve una vida
mas amarga que la hiel?
Luego su sangre inocente
gota á gota irá á caer
sobre los que promovieron
la marimorena y el
disturbio, y dentro del alma
sentirán un no sé qué,
que les prohiba dormir
y les impida comer...
Pero el duelo es necesario!
ADELA. Y por qué?
LUISA. Por qué?
BRUNO. Por qué!
Tiró el diablo de la manta
y se descubrió el pastel;
y aquí debe cada uno
portarse como quien es;
y al cabo mi amo es mi amo,
la señora su mujer,
y yo soy quien soy, y el otro
el otro, y usted usted.
Qué sentina de disgustos
han acumulado!
LUISA. Quién!
BRUNO. Respondan esos semblantes,
responda esa palidez.
Yo me marcho de esta casa
para nunca mas volver.
(Cómo las has confundido!
Bruno, has estado muy bien!)
(*Váse, foro.*)

ESCENA III.

LUISA, ADELA.

ADELA. Ya ve usted la situacion
á que hemos llegado.
LUISA. Adela,
me hablas de usted!... Eso indica...
ADELA. Que en ocasiones como esta,
á la amiga que nos vende
quitar la máscara es fuerza.
LUISA. Adela...
ADELA. Por qué razon,
al sentarnos á la mesa,
con repetidas instancias
me aconsejaste que fuera,
amable con don Andrés?
LUISA. Yo quise hacer una prueba.
ADELA. Una prueba! Y cuál?
LUISA. Queria...
ADELA. Ya, sí; probar mi firmeza,
no es cierto?
LUISA. De ningun modo.
ADELA. Entonces cuál fué la idea?
LUISA. Probar si él te enamoraba.
ADELA. Es donosa la ocurrencia!
No sé cómo agradecerte
el interés que demuestras
por mí: aunque á la verdad,
su amor ó su indiferencia
nada te importaba.
LUISA. Mucho.
ADELA. Oiga!
LUISA. Mucho.
ADELA. De manera,
que si al ver el resultado
de tan linda estratagema,
si yo, al ver que mi marido
entra en celos y sospechas,
y la paz del matrimonio
en breve espacio se altera;

si yo, al ver que tú eres causa,
con intencion ó sin ella,
de lo que me está pasando,
culpára tu ligereza.
Y dando poco valor
al de tu amistad, creyera
que un cálculo interesado,
proyectos de alguna empresa,
como por ejemplo, hacer
que mi marido pusiera
los ojos en tí, merced
á la contraria influencia
de una amiga interesante
y de una esposa, que afecta
escuchar galanterías
del primero que se acerca
á saludarla, por mas
que la repugne y lo sienta.
Si esto á sospechar llegara,
si esto, que es una bajeza,
pero que al fin puede ser
verosímil, yo creyera,
Luisa, qué responderia?

LUISA. Que me hacias una ofensa
indigna de tí y de mí.

ADELÁ. Esperaba esa respuesta.
Es claro! Tienes razon:
cuando una amiga sincera,
á quien otra amiga fiel
su corazon le franquea
y su casa, en la que vive,
si no feliz satisfecha
del marido que eligió;
cuando una amiga como esta,
vuelvo á decir, que discurre
poner paz donde no hay guerra,
se finje viuda, y pretende
con su natural viveza
y donaire, separar
á cada uno de la senda
que hasta entonces ha seguido,
y al marido le aconseja

que abra al mundo sus salones,
que no se encierre, y á ella,
que disfrute de la vida,
todo para que ambos sean
felices, cómo dudar
de su intencion?—Es muy buena.

LUISA. Pero dudas?

ADELA. Promover
inoportunas querellas,
y que dos amigos salgan
á batirse, aunque perezca
alguno de ellos, qué importa
á una mujer que se precia
de manejar el florete
y la pistola? Que sueña
con aventuras y bailes,
y escritores y poetas,
y músicas... Qué sé yo!

LUISA. Merezco esta recompensa!

ADELA. Quién sabe! Tal vez serán
harto infundadas mis quejas.
Tú lo hacias solamente
por mi bien, y como era
Pablo celoso, aunque algunos
sostienen que eso no prueba
sino esceso de cariño,
tú has dicho: por el sistema
homeopático se corta
la enfermedad? pues á ella!
Celos con celos se curan...
Oh! gracias! Las consecuencias
á tu amistad se las debo:
amistad santa y benéfica!
si ha de servir para todo
lo mismo, reniego de ella!
Mas yo sé lo que conviene.

LUISA. Tambien yo.

ADELA. Adios. (*Váse.*)

LUISA. Adios.

ESCENA IV.

LUISA.

Buena
la hemos hecho! Mi carácter,
mi desconfianza eterna
dan lugar á este conflicto,
Pero cómo se remedia?
Ya se ve! Pablo imagina
que á su mujer galantea
Andrés; y, cómo es posible
que á mirarlo se resuelva
con calma? Mi esposo, es cierto,
le hacia el amor á Adela...
Esto enciende mi coraje,
y voy... Pero alguien se acerca.

ESCENA V.

LUISA, PABLO.

PABLO. (Ya he tratado la cuestion
de intereses: ahora resta
lo que exije mi decoro,
lo que el honor me aconseja.)
LUISA. (Es Pablo: ahora sabré...)
PABLO. (Aqui está Luisa: prudencia.)
LUISA. Pablo, hablemos en razon.
Yo sé lo que usted proyecta.
PABLO. Señora...
LUISA. Y es necesario
que desista de esa empresa.
Usted se quiere batir
con Andrés.
PABLO. Yo! Qué sospecha!
LUISA. Sospecha! No! Si hablo así
es porque tengo certeza.
PABLO. Pues bien, señora: por qué
lo he de escusar? Cuando median
las poderosas razones

que obrar asi me aconsejan,
cuando á un amigo se engaña,
cuando se le hace una ofensa
que pide sangre, no sé
qué otro desenlace quepa.
Usted no hará la injusticia
de suponer, que yo sea
uno de esos mil que sufren,
y callan y no se vengan:
de esos mil, que en este mundo
y en el otro se condenan.
Yo no quiero que mi nombre
de juego sirva, á la necia
murmuracion. Yo no quiero
que entre epígramas y anécdotas
que la malicia propaga
y que el vulgo saborea,
corra mi nombre. No quiero
que nadie en el mundo crea
que yo tolero con calma,
sin pedir estrecha cuenta
á quien me ultraja, señora.
Y si usted en algo aprecia
la buena opinion de un hombre
que la de todos respeta,
y que quiere que la suya
firme y pura se mantenga,
créame usté, y considere
lo justo de mi querella.
Usted ignora que Andrés,
ese falso amigo intenta...

LUISA. Ya lo sé: hacer el amor
á su mujer.

PABLO. Y es pequeña
razon esa para un duelo?

LUISA. Pero usted no considera
que ese duelo es imposible...

PABLO. Imposible! No lo crea
usted: en donde le encuentre
le voy á dar una felpa!

LUISA. Sepa usted que yo le amo.

PABLO. (Tambien le ha flechado á esta!

Todos los pícaros tienen
fortuna.)

LUISA. Si usted se empeña
en llevar el desafio
á cabo, mi diligencia
sabrá impedirlo.

PABLO. Impedirlo!

LUISA. A no ser que usted me ofrezca
desistir...

PABLO. Yo no desisto.

LUISA. No?

PABLO. De ninguna manera.

LUISA. No desiste usted? Pues bien :
antes que con él es fuerza
que se bata usted conmigo.

PABLO. Con usted!.. Brava ocurrencia!

LUISA. No lo tome usted á broma;
yo conozco mi destreza
en las armas, y si no
podemos hacer la prueba.

PABLO. Señora, no es el momento
para juegos.

LUISA. Y quién juega?
Yo al menos...

PABLO. Ni es el asunto
para que tratarse pueda
con señoras. A los pies
de usted. (*Váse.*)

LUISA. Don Pablo?... Y se aleja!

ESCENA VI.

LUISA.

Quién me mandó dar consejos :
por qué poner quise á prueba
la constancia de los hombres,
que al menor soplo se quiebra?
Por vida de!.. Estoy llorando
de coraje y de vergüenza.

ESCENA VII.

LUISA *y* DON ANDRES.

ANDRES. Me alegro hallar á usted sola.
LUISA. Ah! Quién?..
ANDRES. Me alegro de verla.
LUISA. Andrés...
ANDRES. Yo no soy Andrés.
Yo soy un tigre, una hiena.
Con que es usted la celosa
que con injustas sospechas
me seguia á todas partes
por calles y callejuelas?
La que sin mí no podia
estar una hora ni media,
la que por su tirania
me hizo romper la cadena
que yo soñaba de flores,
y que usted convirtió en férrea?
Y no bien llega á Madrid
se entretiene en hacer muecas
á Pablo, á un hombre casado!
LUISA. Yo...
ANDRES. Pero con qué insolencia!
Aquí, delante de mí,
como si el marido fuera
como una litografía,
que ni oye ni pestañea?
LUISA. A aquel que me desconoce
no le guardo consecuencia.
ANDRES. Yo tampoco se la guardo
á la que vivo me entierra.
Sepa usted que Pablo y yo
nos rompemos la cabeza...
Alégrese usté, ángel mio.
LUISA. Yo...
ANDRES. Ya sé que usted se alegra:
pero no piense que son
los celos los que me ciegan:
nada, yo no tengo celos;

eso es lo que usted quisiera.
Hay muchísimas mujeres!
La emigracion y las guerras
nos tienen en minoría,
y hay para un varon seis hembras,
y muy guapas.

LUISA. Por ejemplo...
(*Con intencion.*)
como Adela.

ANDRES. Como Adela.

LUISA. Ya he visto que estaba usted
muy animado con ella.

ANDRES. Lo ha visto usted? Lo celebro.

LUISA. Pícaro, y tú lo confiesas?

ANDRES. Lo confieso.

LUISA. Y á eso solo
vienes?

ANDRES. Y á volver la prenda,
(*Dando un beso á la sortija.*)
que me dió usted cierto dia,
de su amor como una prueba,
por regalársela á usted...
ya no me acuerdo quién.

LUISA. Venga.
Se la daré á la persona
por quien usted se interesa...
y despues... (Estoy llorando,
y no quiero que me vea.)
(*Váse por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA VIII.

ANDRES.

Buen viaje! Si ahora mi amigo
por dirimir la contienda
me desencuaderna un brazo,
ó me elimina una pierna,
hice un pan como unas tortas.
Lo malo es, que quien me viera
creeria que tengo celos...
Y los tengo! Que lo crea,

que lo crea todo el mundo!
Todo el mundo menos ella!
Yo celoso! Yo, que tanto
me reí de esa caterva
ridícula, soy tambien
del gremio, por esa pérfida!
No hay duda, los celos son
enfermedad epidémica:
pecho al agua: de esta vez
ó me los curo, ó me entierran.
Pablo!

ESCENA IX.

ANDRES, PABLO.

PABLO. Aqui estoy.
ANDRES. Te he esperado
en el café.
PABLO. Diligencias
me han impedido acudir.
(No trae la sortija aquella...
ella se la habrá pedido.)
ANDRES. Con que decias...
PABLO. Quisiera,
y te exijo...

ESCENA X.

DICHOS *y* ADELA.

ADELA. Don Andrés!
Tiene usted la complacencia,
mientras hablo á mi marido,
de esperar en esa pieza
solo un momento?
ANDRES. Señora...
PABLO. Oportuna es su presencia.
Yo tambien tengo que hablar
de negocios. Vé, y espera.
(*Bajo á Andrés.*)
De aquí á poco en el jardin

nos veremos.

ANDRES. Norabuena.
(Si ahora mi querida cónyuge
en ese cuarto me pesca...)
Hasta luego. (De seguro,
voy á salir sin orejas.)

ESCENA XI.

PABLO *y* ADELA.

ADELA. Hágame usted la merced
de sentarse y escuchar:
tenemos mucho que hablar.

PABLO. Hablemos.

ADELA. Siéntese usted.
Resentida y con razon
estoy de hablar la primera,
porque usted, no yo, debiera
abordar esta cuestion.
Que aunque el decirlo es cruel,
ignorando cuanto pasa,
estoy haciendo en mi casa
un ridículo papel.
Bruno, con celo indiscreto,
aquí, entre augurios atroces,
publicó un secreto á voces,
y dejó de ser secreto.
Proclamó que su señor,
por cortar otros escesos,
empeñaba un lance de esos
que llama el mundo de honor.
En los que por un insulto
que no queda satisfecho,
se pone á pregon un hecho
que debiera estar oculto.
Y como á mi honor baldon
imprime ese desafio,
y usted guarda el honor mio,
le pido una esplicacion.

PABLO. Dejando á un lado esa historia,
que no la repetiré

porque es amarga y porque
la sabe usted de memoria,
justo es que mis iras den
algun desahogo al alma... (*Se levanta.*)
Señora, tenga usted calma,
yo la he tenido tambien.

ADELA. Piensa usted que tolerar
en semejante momento
pueda?..

PABLO. Tome usted asiento:
tenemos mucho que hablar.
Es preciso un juicio frio
y mucho cálculo, pues
mi cuestion es de interés
ó de intereses. (*Sacando unos papeles.*)

ADELA. Dios mio!

PABLO. Debido, no á mi talento,
sino al acaso debido,
nuestros bienes han tenido
un considerable aumento.
No quiero que nadie note
falta en mi modo de obrar:
usted debe recordar
lo que me trajo de dote.
Las cuentas punto por punto
estan aquí: reasumidas
las entradas, las salidas
tienen su recibo adjunto.
Puede usted ir cotejando.

ADELA. Me está usted faltando ahora
de un modo infame.

PABLO. Señora...
Diče bien, la estoy faltando.
(*Tirando los papeles.*)
Adela, entre los dos es
la separacion precisa.
Nuestros amores...

ADELA. (Ay, Luisa!)
Eran un sueño?

PABLO. (Ay de Andrés!)

ADELA. Se separa usted de mí!

PABLO. Yo!..

ADELA. Detenerle no quiero;
pero sabré, caballero,
el motivo.

PABLO. Porque sí.

ADELA. Si no inventa otra razon
que ese «porque sí» glacial,
no hallará usted tribunal
que quebrante nuestra union.

PABLO. Pues usted se empeña, y pues
me falta ya la paciencia,
diré que tengo evidencia
de que usted y don Andrés...
No me haga usted hablar... Oh!
Una vez roto el consorcio,
debo pedir el divorcio.

ADELA. No, quien le pide soy yo.
Yo, por mas que sufra y luche
con el mundo y su malicia,
iré gritando: «Justicia!»
hasta que mi voz se escuche.
No he de sufrir el baldon
de que usted mi honra posponga,
al primer quidam que ponga
sus ojos en mi balcon.
Hay que fiar de mí tan poco,
que he de vivir encerrada,
ó puedo de una mirada
al mas cuerdo volver loco?
Qué necia anduve al creer
el amor que le creí!..
Quien tanto me ofende asi,
qué amor me pudo tener?
Yo con el candor de un niño
lloraba por sus desvelos,
atribuyendo sus celos
á un esceso de cariño.
Ahora lloro... de coraje!
porque me hierve en el pecho
el ultraje que me ha hecho,
y no merezco ese ultraje;
y es ya tiempo de que den
mis iras ensanche al alma...

PABLO. Adela!
ADELA. Tenga usted calma:
yo la he tenido tambien.
PABLO. Señora, en conclusion,
si la dejo á usted hablar,
acabará por probar
que yo no tengo razon.
Y la advierto que es en vano
(*Mirándola fijamente.*)
busque usted réplicas nuevas,
que yo tengo pruebas.
ADELA. Pruebas!
En dónde estan?
PABLO. (*Tomándosela.*) En la mano!
Fué este anillo tuyo?
ADELA. Sí;
hace muchos años.
PABLO. Pues
cómo le tenia Andrés?
ADELA. Y eso es todo lo que á tí
te causa tanto dolor?
PABLO. Eso.
ADELA. Asi eres en todo.
PABLO. Pues, lo esplicarás de modo...
ADELA. Que te saque del error.
Luisa, Andrés. (*Llamando.*)
PABLO. Esto es el colmo
de...

ESCENA XII.

PABLO, ADELA, ANDRES *y* LUISA.

ANDRES. Suéltame.
LUISA. No te suelto.
ANDRES. Pero, hija...
LUISA. Lo he resuelto:
somos la hiedra y el olmo.
Si Pablo está decidido,
si quiere sangre verter,
vierta la de esta mujer
que idolatra en su marido.

PABLO. Tú su marido! (*A Andrés.*)
ADELA. Eso es.
Esta sortija era mia;
yo se la dí á Luisa un dia, (*Lo hace.*)
y Luisa se la dió á Andrés. (*Id.*)
PABLO. Pero su estado ocultó
y ella tambien, y ese paso...
ADELA. Debe olvidarse. Es el caso
que ya la crisis pasó.
ANDRES. Chico, se rompió la union
porque esta me daba al diablo
con sus celos.
ADELA. Oyes, Pablo?
Aprovecha la leccion.
PABLO. Sospeché de la amistad,
y sospeché hasta de tí...
Solo debo hablarte asi. (*De rodillas.*)

ESCENA XIII.

DICHOS *y* BRUNO.

BRUNO. Jesus, qué debilidad!
PABLO. Bruno, estaba en un error.
Andrés no me hizo la guerra,
y mi mujer, en la tierra
no se encuentra otra mejor.
Hoy me vuelve el placer loco.
Soy feliz. Y ahora qué dices?
BRUNO. Que son ustedes felices;
pero que durará poco.
PABLO. No oigas su augurio tétrico,
mira mi amor sin límites,
cesen los celos bárbaros
que te hacen tanto mal.
y no habrá dulce cónyuge
en horizonte límpido,
crisis que turbe incómoda
la dicha conyugal.

FIN DE LA COMEDIA.

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 24 *de abril de* 1854.

Segun el informe evacuado por el Sr. Censor, puede representarse.

QUINTO.

TÍTULOS DE LAS OBRAS.

La Rica-hembra.
Las dos Reynas.

Mi mamá.
Misterios de Palacio.

Nobleza contra Nobleza.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende.
No hay amigo para amigo.
No es la Reina!!!

Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Pescar á rio revuelto.

San Isidro (*Patron de Madrid*).
Su imágen.
Tales padres, tales hijos.
Trabajar por cuenta agena.
Traidor, inconfeso y mártir.
Un Amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Una llave y un sombrero.
Una leccion de córte.
Una mujer misteriosa.
Una mentira inocente.
Una noche en blanco.
Un paje y un Caballero.
Una falta.
Ultima noche de Camoens.
Una historia del dia.
Un pollito en calzas prietas.
Un sí y un no.

TÍTULOS DE LAS OBRAS.

Virginia.

ZARZUELAS.

El ensayo de una ópera.
Mateo y Matea.
El sueño de una noche de verano.
El Secreto de la Reina.
Escenas en Chamberí.
A última hora.
Al amanecer.
Un sombrero de paja.
La Espada de Bernardo.
El Valle de Andorra.
El Dominó Azul.
La Cotorra.
Jugar con fuego.
El estreno de un artista.
El marqués de Caravaca.
El Grumete.
La litera del Oidor.
Gracias á Dios que está puesta la mesa.
La Estrella de Madrid (*su música*).
Tres para una.
La Cisterna encantada.
Carlos Broschi.
Galanteos en Venecia.
Un dia de reinado.
La Caceria Real.
El Hijo de familia ó el Lancero voluntario.
Los jardines del Buen Retiro.
El trompeta del Archiduque.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle de Tudescos, núm. 21, cuarto principal.

3 0112 115878248

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: ***libreria de Cuesta, calle Mayor, núm. 2.***

PROVINCIAS.

Albacete.	Serna.
Alcoy.	Martí é hijos.
Algeciras.	Almenara.
Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Alvarez.
Aranjuez.	Sainz.
Avila.	Gomez.
Badajoz	Orduña.
Barcelona.	Viuda de Mayol.
Bilbao.	Astuy.
Burgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	Moraleda.
Castrourdiales.	García de la Puente.
Córdoba.	Lozano.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	Lara.
Ciudad-Real.	Arellano.
Coruña.	García Alvarez.
Cartagena.	Muñoz Garcia.
Chiclana.	Sanchez.
Ecija.	Garcia.
Figueras.	Conte Lacoste.
Gerona.	Dorca.
Gijon.	Ezcurdia.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Perez.
Habana.	CharlainyFernz.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Idalgo.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Sol.
Lugo.	Pujol y Masía.
Lorca.	Delgado.
Logroño.	Verdejo.
Loja.	Cano.
Málaga.	Casilari.
Mataró.	Abadal.
Murcia.	Mateos.
Motril.	Ballesteros.
Manzanares.	Acebedo.
Mondoñedo.	Delgado.
Orense.	Ferreiro.
Oviedo.	Palacio.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma.	Gelabert.
Pamplona.	Garcia.
Palma del Rio.	Gamero.
Pontevedra.	Cubeiro.
Puerto de Santa Maria.	Valderrama.
Puerto-Rico.	Marquez.
Reus.	Prins.
Ronda.	Gutierrez.
Sanlucar.	Esper.
S. Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Santander.	Laparte.
Santiago.	Sanchez y Rua.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alonso.
S. Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Alvarez y Comp.
Idem.	Hidalgo.
Salamanca.	Huebra.
Segorbe.	Clavel.
Tarragona.	Puygrubi.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Castillo.
Tuy.	Martz. de la Cruz.
Talavera.	Castro.
Valencia.	M. Garin.
Valladolid.	Aguilar.
Vitoria.	Galindo.
Villanueva y Geltrú.	Pers y Ricart.
Zamora.	Calamita.
Zaragoza.	Pintor.